MARÍA PILAR MARTÍNEZ LATRE

CALAS EN LA NOVELA HISTÓRICA MODERNISTA:
«SÓNICA, LA CORTESANA» Y «SYNCERASTO EL PARÁSITO»

Resumen

En este artículo que lleva como título «Calas en la novela histórica modernista: *Sónica, la cortesana* y *Syncerasto el parásito*» he analizado las relaciones entre la ficción y la historia, incidiendo en el espacio, el tiempo y en la caracterización de determinados personajes. Me ha parecido interesante adentrarme, igualmente, en otros aspectos narratológicos como las voces del relato, la focalización y el tratamiento de motivos temáticos mitológicos.

Introducción historiográfica

Al acercarnos al final del siglo XIX los escritores españoles de este período, llamados en su juventud literaria como generación del 98, se adentran en el territorio de la novela histórica, movidos por intereses históricos, culturales y filosóficos. B. Ciplijauskaite (1981: 208) observa esta incursión en el terreno de la novela en autores como Unamuno, Valle Inclán y Baroja que entre los años 1897 a 1935 escriben sus obras *Paz en La guerra*, *La guerra carlista* y *Memorias de un hombre de acción*, a las que precede Galdós con su cuarta parte de los *Episodios nacionales*.

Todos ellos parecen interesarse por acontecimientos de la historia moderna de España: un pasado próximo como las guerras de la Independencia y, de manera especial, las guerras carlistas, que recrean con un peculiar punto de vista, por entender que el pasado está estrechamente vinculado con el presente. En estas recreaciones literarias el referente histórico se hace patente y aparece siguiendo el patrón genérico, como un producto híbrido caracterizado por la incorporación densa de elementos de la historia, como realidad efectiva, a la realidad ficcional (Albaladejo, 1992: 61). El lector se encuentra con unos autores que se fijan más en las acciones que en las reacciones de los personajes y que gustan de introducir multiplicidad de puntos de vista para mostrar la complejidad del mundo que les rodea, un mundo decadente que agoniza. La actitud proyectada en estas ficciones reflejan la conside-

ración de la historia como instrumento de crítica, dejando la actitud escapista o la nostálgica por el pasado en segundo plano.

Pero una actitud escapista y complacencia en la recreación de la historia antigua no exenta de cierto didactismo vamos a encontrar, igualmente, en las novelas modernistas de tema arqueológico, *Sónnica, la cortesana* y *Syncerasto el parásito*, que aparecen en la primera década del siglo xx, años 1901 y 1908 y en donde sus autores: Blasco Ibáñez y Barriobero y Herrán reviven dos importantes períodos relacionados con la cultura romana y los pueblos iberos de España.

Ambas ficciones proyectan «el imaginario» de un escritor que se enfrenta con su creación pertrechado de una rica información, suministrada por la literatura, la historia, el arte y las investigaciones arqueológicas. Estas obras se sitúan, igualmente, en un horizonte estético «casticista, proclive a la estética romántica, modernista y al regeneracionismo moralizador» (Mainer 1974: 124). En esta disposición creativa en la que se pretende revisar el pasado, se emplaza, también, el ambicioso proyecto de *Novelas Nacionales* del ideólogo de este movimiento, Joaquín Costa al que corresponde su obra póstuma *Último día del paganismo y primero de lo mismo*¹ en la que evoca la época de Teodosio.

Lectura crítica de «Sónnica, la cortesana» y «Syncerasto el parásito»

Comenzaré, en primer lugar, por la presentación del marco temporal en el que se escriben ambas novelas y por el perfil biográfico de sus respectivos autores, que en la primera década del siglo xx muestran estrechas afinidades ideológico-políticas. Los dos autores, hermanados por su militancia en el partido republicano federalista, participan activamente en la vida política como diputados, adoptando una actitud radical que les enfrenta con la intransigencia de los gobernantes y los conduce en varias ocasiones a la cárcel. Ambos realizan estudios jurídicos, siendo la profesión en la que sienta plaza en Madrid Barriobero² convirtiéndose en un brillante criminólogo; mientras que Blasco se inclina por la actividad literaria en exclusiva, en sus facetas de editor y creador, llegando a ser —como afirma R. Conte en su centenario— fundamentalmente un novelista por encima de todas las cosas.

Una breve mirada ante la actuación de la crítica³ especializada sobre los dos

¹ El estudio de A. Sánchez Vidal sobre las novelas históricas regeneracionistas de Joaquín Costa (1981) tratan de reconstruir con una abultada serie de materiales dispersos, dejados por el autor, su novela *Justo de Valdiviesos*, que en opinión de G. J. G. Cheyne pretendía superar con su autenticidad las afortunadas aproximaciones de *Sónnica, la cortesana*.

² Barriobero nace en Torrecilla de Cameros, año 1880. Estudia Derecho y Humanidades en Zaragoza, donde funda la Juventud Republicana Federal. En 1900 se traslada a Madrid. Desde 1907 tuvo a su cargo la defensa de importantes procesos políticos y sociales; elegido diputado en varias elecciones, cargo que desempeña en distintas ciudades españolas. Llegó a ser presidente del Consejo Nacional Democrático Federal de España. Fue encarcelado por oponerse a la dictadura y fusilado en Barcelona en 1939. Más información bio-bibliográfica en el *Diccionario Bio-bibliográfico de autores Riojanos*, tomo I, Instituto de Estudios Riojanos, 1993, ed. de Pilar Martínez Latre.

³ Una lectura de la prensa del período finisecular en donde tanta importancia tuvo este medio para la formación de los escritores permite observar cómo Blasco y Barriobero se enfrentan a la crisis de fin de siglo como intelectuales inconformistas, que hacen de la prensa periódica socialista y republicana un medio de expresión en donde inician su andadura en la creación literaria. En ella se encuentran testimo-

escritores permite constatar cierta postura partidista —aunque el triunfo de público logrado por Blasco con su numerosa y variada producción tenga poco que ver con la escasa difusión de la obra de Barriobero⁴, que cuenta con una creación cuantitativamente menor, un lector minoritario y con muy pocas obras reeditadas hasta la fecha. Es probable que esta falta de objetividad responda a un ajuste de cuentas basado en razones ideológicas partidistas, desorbitadas por tirios y troyanos y explique el que se niegue a Blasco su adscripción a la literatura finisecular, anclándolo en el movimiento naturalista y a no tener apenas en cuenta a Barriobero cuando se configura el panorama novecentista.

Las dos obras tuvieron en su época lectores apasionados y subjetivos que encontraban en estas novelas históricas⁵ las huellas de los novelistas más famosos del género. Pero ¿cuánto hay de verdad en las influencias que se atribuyen a *Sónnica*, *la cortesana* de su dependencia de Flaubert y *Salambó*, de Anatole France y *Thais* o de la imitación de Barriobero del *Satiricón* de Petronio? Que ambos autores se instalan en el atractivo y fecundo horizonte creativo de las novelas canónicas del género, frecuentado por los autores europeos en la segunda mitad del siglo XIX es evidente; pero no cabe duda que hay también una importante presencia de fuentes clásicas, como ellos mismos van a hacer constar en sus prólogos y posprólogos. Estos prólogos actúan de guía de lectura y revelan el afán propedéutico que anima a los dos escritores, que con sus referencias a las fuentes atenúan el carácter ficcional de sus relatos y añaden criterios de veredicción.

nios de la buena acogida que obtuvieron sus novelas. Blasco es elogiado por los principales periódicos del momento como: *El imparcial*, *El liberal* y el *Heraldo*. El propio Costa, ideólogo del regeneracionismo en sus contactos epistolares con Blasco —estudiados por C. Alonso (1989:163)—, confiesa haber leído *Sónnica* de un tirón y valora el arte con que ha sabido reconstruir una civilización tan difícil, por lo complicado, como la greco-ibérica de ese litoral representado por Sagunto. Destaca, igualmente, «la enormidad de trabajo que ha debido consumir en lecturas, apuntes arqueológicos acerca de Atenas, Roma y Cartago» y añade que ésta es la razón de que no haya tenido tiempo para dar a la novela un sabor más peninsular.

Asimismo, la novela de *Syncerasto* recibió una entusiasta acogida entre los más importantes colaboradores de la prensa regional que escriben en la revista *Rioja Ilustrada* en 1908. Florencio Blanco, mantenedor de los juegos florales; el dramaturgo Salvador Aragón y el crítico literario, el Griego escribe sobre las cualidades artísticas de la obra; la hábil construcción de la trama, la fidelidad y belleza de los ambientes descritos, la penetración psicológica de los personajes; y no faltó alguno que la sitúa entre las mejores novelas históricas de corte romántico, digna de Walter Scott, Pérez Galdós o Anatole France.

Syncerasto circuló entre los cultos intelectuales de la sociedad madrileña y en *La novela de un literato* de Cansinos Assens (1982: 372).se encuentra un interesante y subjetivo enjuiciamiento de una literatura feminista, Carmen de Burgos, conocida como Colombine. Famosa entre las plumas modernistas que frecuentaban su tertulia, trata de negar las cualidades artísticas de esta obra, movida, quizás por los celos después de mantener un «flirt» con el escritor: «¿Qué ha escrito? ¿*Syncerasto el parásito*? ¿Quién lee esa novelucha, que es un remedo del *Satiricón*? ...No; como escritor no vale nada Barriobero... En el fondo, no es más que un abogadoete que se ha hecho una fama defendiendo causas sensacionales, con el apoyo de la prensa republicana... y de la masonería».

⁴ Barriobero es autor de 11 novelas, que cubren un variado espectro de subgéneros desde la novela folletinesca y popular a la culta novela histórica, ambientada en la época clásica o en los siglos de oro, de 20 ensayos y de libretos de óperas y zarzuelas. Véase el estudio dedicado al autor en el que me ocupo de su historiografía literaria «Ficción e historia en *Syncerasto el parásito*: novela de costumbres romanas», pp. 223-241 en *Congreso internacional sobre novela histórica (homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1996, anejo 17.

⁵ C. García Gual, *La antigüedad novelada*, Barcelona, Anagrama, 1995.

Blasco Ibáñez elige para la primera edición de *Sónnica, la cortesana*⁶ la colección de novelas ilustradas y acompaña la narración con 10 dibujos de José Pedrozo⁷. En la reedición de 1923 añade un breve prólogo introductorio para salir al paso de las opiniones vertidas por la crítica. Blasco presenta como fuente principal el poema que el escritor latino de origen hispano, Silio Itálico escribe sobre la Segunda Guerra Púnica, de donde dice sacar algunos de sus personajes secundarios y determinadas escenas. Este escritor, discípulo de Virgilio, admirador del pasado romano y de sus «exempla» estaba seducido por un período de la historia rico en lecciones morales y patrióticas. A Blasco Ibáñez le interesa de la reelaboración realizada por Silio en su poema el asedio y toma de Sagunto por Aníbal y sus aliados, los pueblos iberos; pues este autor aunque no fue contemporáneo de esta guerra civil «pudo conocer todavía frescas las tradiciones orales del famoso suceso. Pero es probable, igualmente, que contara con detalles proporcionados sobre estos hechos históricos de Tito Livio que escribe también una minucioso relato sobre estas guerras y realiza un completo retrato de Aníbal⁸. El escritor levantino informa también que no le mueve a la escritura de esta novela una moda literaria, persiguiendo el éxito de *Quo Vadis* o *Afrodita*, sino la culminación de una aspiración que acariciaba cuando era «un novelista aprendiz» y se recreaba en sus paseos alrededor de la ciudad de Valencia, soñando con las gestas heroicas de sus antepasados. Para lograr este propósito abandona la redacción de *Cañas y barro*, obra que completa su ciclo de novelas regionales sobre la huerta y la albufera levantina, que había publicado ya entre los años 1895 a 1901: *Arroz y tartana*, *Flor de mayo*, *La barraca* y *Entre naranjos*.

Sónnica surge en un etapa política tensa y cargada de conflictos sociales. Blasco, republicano federalista, interviene como diputado a favor de las clases populares, tratando de abrir las mentes de la sociedad a la tolerancia y justicia social. Los disturbios más importantes son promovidos por el clero al celebrar el año jubilar y en la confrontación se destacaron ciudades como Barcelona, Madrid y Valencia. La situación dio lugar a un debate en el congreso y Blasco tuvo que defender el buen nombre de la ciudad de Valencia ante los ataques de Silvela. Poco después de estos debates se refugia en la literatura para escribir una novela acerca de Sagunto (Loubes y Roca: 1972)⁹. Estamos pues ante una narración que se injerta en la tradición

⁶ Cito por la edición de 1978, Barcelona, Plaza-Janés. En lo sucesivo utilizaré el nombre abreviado de *Sónnica*.

⁷ Los diez dibujos recogen escenas representativas de la trama novelesca en torno al amor y a las batallas. Se trata de dibujos figurativos no exentos de cierta estilización, centrados en los principales personajes, en las escenas amorosas y en las batallas.

⁸ Para Ricardo Olmos («Blasco Ibáñez y la novela de tema arqueológico en España» en *VI Actas: La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, CSIC, 1992) también Polibio fue manejado por Blasco del que incorpora detalles sobre la personalidad del cartaginés como su capacidad innoble de transformarse.

⁹ J. N. Loubes y J. N. León Roca, *Blasco Ibáñez diputado y novelista*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1972.

epopéyica y en la que tiene un papel importante el comportamiento heroico de sus habitantes, cuya alcuernia exalta emparentándolos con el mítico Hércules al que se atribuye la fundación de Sagunto, ciudad consagrada al dios Zacynthos¹⁰.

Del mismo modo, Barriobero¹¹, erudito latinista con un bagaje literario clásico, más profundo que el de Blasco informa al lector por medio de dos cartas ficticias, cómo sigue fielmente en su novela la información que le proporciona Suetonio en *La vida de los doce césares*. Se precia de ser divulgador de este autor de cuya traducción y difusión se encargó. El entusiasmo de Barriobero por este historiador se revela al hacer suyos los elogios de Plinio que lo calificó como «el más íntegro, el más honrado y el más sabio de todos los romanos. A Barriobero, como a Unamuno en *Paz en la guerra*, le interesan más las pasiones y afectos de su personajes. Esta es la razón de su acercamiento a la figura de Tiberio, pues durante su mandato el imperio romano atenuó sus campañas bélicas y no hubo tampoco notables conmociones políticas.

Barriobero se adelanta a las técnicas narrativas de la novela metafictiva o autorreferencial, realizando una autorreflexión sobre determinadas obras literarias y sobre su propia novela. El recurso narratológico de las epístolas, tituladas «Comentario. Carta y respuesta, cambiadas por una vía desconocida de los demás mortales e inmortales», tan de moda en la narrativa posmoderna, es presentado como cierre de la novela y ocupan 26 páginas. El autor se acerca al inmortal maestro, que vive instalado en los Campos Elíseos, lugar al que dirige la carta, mostrando su hostilidad por la realidad histórica de la España de su tiempo, dividida entre la moral proletaria y la burguesa. Estamos ante el erudito que sublima y añora la civilización latina pues en su opinión «Se han perdido todas las tradiciones de grandeza; ni por casualidad produce esta vida un señor que manumita sus esclavos en un arranque de filantropía, ni un soberano que haga al pueblo heredero de su fortuna personal...» (p. 147).

En la segunda carta invierte los papeles de los correspondientes y es el propio Cicerón el que le contesta, demostrando su amistad por el escritor riojano. Este ha conseguido, gracias al poder que le otorga ficción, ser uno de los amigos personales de Cicerón, uno de los elegidos como destinatario de su correspondencia privada¹². Para nuestro autor, que se siente incomprendido por sus coetáneos, Cicerón es el gran maestro, el que le da su generoso espaldarazo literario y le insufla ánimos apelando a la posteridad para que se le haga justicia; pero, sobre todo, es el lector ideal capaz de valorar su novela y de juzgar las reacciones de los lectores: «Tu libro es hermoso y así has de oírlo de muchos labios, pero será poco leído»; capaz de entender el entusiasmo de Barriobero por Salvador Rueda, de aplaudir la elección de sus modelos literarios, los autores trágicos Terencio y Plauto; y, muy especialmente, de comprender el afecto por Ovidio, pues comparte con él la misma experiencia amarga del exilio¹³, la pérdida de la ciudad y el deseo de ella.

¹⁰ El origen mítico de la ciudad es presentado por Silio Itálico, ed. cit., vol. I, vv. 271 y ss.

¹¹ *Syncerasto el parásito. Novela de costumbres romanas*, Madrid, Pueyo, 1908. En adelante citaré por el título abreviado, *Syncerasto*.

¹² Barriobero manifiesta su admiración por las epístolas ciceronianas por tratarse de una fuente histórica de inestimable valor, escrita con estilo sencillo y fácil, en la que se ocupaba de acontecimientos públicos y privados más destacados de su época.

¹³ C. Guillén, en *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Cremá, 1995, p. 34

Es probable que la incursión de estos autores en la novela histórica se deba a un deseo de atemperar las tensiones en las que se hallaban inmersos, debido a su intervención activa en la vida política en calidad de diputados progresistas y que contribuyera también a ello su insatisfacción ante el modelo de vida burguesa, enfrentados en la dialéctica del progreso y la tradición.

Sónnica y *Syncerasto* se incorporan con sus relatos a las expediciones anticuarias y científicas de ideología colonial, al viejo sueño ilustrado y romántico, de Grecia y de Oriente, que Ricardo Olmos (1993: 362) analiza¹⁴ en profundidad en *Sónnica la cortesana*.

Análisis narratológico

En las dos novelas podemos señalar afinidades que tienen que ver con los rasgos tipológicos de la novela histórica, con una fecunda tradición que hunde sus raíces en la época helenística tardía (García Gual, 1995: 258). Espacios públicos y privados de Sagunto y de Roma son reconstruidos con abundancia de detalles arquitectónicos y pictóricos por estos autores que proceden con la mirada del artista decadentista enamorado de la belleza clásica. El foro, los templos, las casa de lenocinio, las villas de los aristócratas saguntinos son escenarios que se presentan, igualmente, en la Roma de *Syncerasto*, en donde destacan los suntuosos templos elevados a los dioses, el circo, las termas o la «domus tiberiana». Una topografía tópica más abundante en *Sónnica*, que está descrita con una prosa sensorial y voluptuosa, prolija en detalles y pinceladas nacionalistas, como ocurre con el banquete orgiástico al que se entregan los invitados de *Sónnica* cuya libido se desata ante los sensuales bailes de las danzarinas gaditanas.

Barriobero, más parco en descripciones —como él mismo señala en su posprólogo por medio de su lector apócrifo Cicerón, que le reprocha la sobriedad al describir los lugares y fiestas—, sabe, no obstante, crear en la novela un clima erótico al que se entrega la población romana: aristócratas y populacho para celebrar las fiestas afrodisíacas en donde el lector puede sentir el influjo de la lubricidad que se respira en el *Satiricón* de Petronio.

Los dos escritores adoptan el punto de vista de un narrador omnisciente y heterodiegético, y aunque son respetuosos con las fuentes consultadas, vivifican los acontecimientos históricos acercándolos al lector por medio de un ángulo de focali-

habla del «desiderium urbis» de Cicerón (*Fam.*, II, II, I) y de Ovidio del que se alimentan mutuamente en su injustificado exilio en el que morirán.

¹⁴ Este crítico, especializado en arqueología, ha mostrado algunas de las más importantes influencias que conforman el relato de *Sónnica*. A Flaubert se debe la ambientación, llena de misterio, con la que envuelve la religión púnica, como las fugaces alusiones a Astarot o a Tanit, que cobija la prostitución sagrada de Cartago. O la siniestra visión de Moloc, a la que se va asemejando el incrédulo Anbal, cuando se transforma al final del relato en el más terrible de los dioses púnicos. De Flaubert pudo tomar el abigarramiento babélico de pueblos con sus lenguas, costumbres, vestidos y gestos, gentes que congregan las guerras de mercenarios en la antigüedad. En las murallas saguntinas se encuentran cartagineses, nómadas, baleáricos, galos, lusitanos, celtíberos, y las exóticas amazonas de la Marmárida líbica, que son contemplados con expectación y curiosa ingenuidad por los saguntinos.

zación que se centra en personajes inventados entre los que sobresalen: Acteón y Syncerasto, que se erigen en los protagonistas de las novelas. Estos personajes, emparentados con notables representantes de la sociedad griega y romana, respectivamente, —arrojados por un cruel destino a una difícil existencia que afrontan con dignidad—, sirven de nexo de unión entre los acontecimientos históricos y los ficticios. Estamos ante los héroes degradados de la novela moderna —de los que habla Lukács—, que pertrechados de valores morales son capaces de vivificar y colorear el pasado con sus peripecias sin que ello afecte a la validez del relato histórico (Amado Alonso, 1984: 43). No obstante, muestran un perfil sociológico que los diferencia notablemente; pues mientras Acteón tiene que ir ganando ante el lector el estatuto de saguntino, que le permita enfrentarse con la ignominia del caudillo cartaginés, Syncerasto el parásito es sólo un joven bufón intelectual, que víctima de las veleidades de los poderosos patricios a los que sirve, vejado y escéptico, se ha convertido en un lúcido y apicarado mendigo, que tiene que aguzar el ingenio para subsistir sin por ello caer en la degradación moral.

En los dos personajes ocupa el amor una importante dimensión, aunque en su presentación y evolución los autores adopten procedimientos narratológicos diferentes. *Sónnica* ofrece una contraposición de dos ideales de mujer, dos amores que dividen el corazón de Acteón, el maduro de la cortesana Sónnica y el de la joven pastorcilla Ranto, en una tensión latente entre cultura ciudadana y naturaleza espontánea. Estas dos mujeres participan de la trama sentimental y son las protagonistas de dos historias, emparentadas con «topoïs» de personajes femeninos de la novela clásica y moderna.

R. Olmos (1994: p. 368) menciona con acierto a Longo y su novela pastoril *Dafnis y Cloe* como el posible modelo utilizado por Blasco para la construcción de la peripecia sentimental, protagonizada por los dos adolescentes: la bella pastora Ranto y el ceramista Eroción, un aprendiz de escultor, que hace de su amante su modelo ideal, soñando con emular a los artistas griegos. Se trata de una historia de amor iniciática, que muestra la fuerza de la pulsión erótica a la que se entregan apasionadamente estos jóvenes enamorados hasta que el zarpazo de la guerra los separa.

Blasco trae a la memoria del lector con el título de *Sónnica, la cortesana* el recuerdo de algunas de las más famosas novelas clásicas, *Salambó* de Flaubert, *Afrodita* de Pierre Louys o *Thais* de Anatole France, que circularon en el último tercio del siglo XIX. Estamos ante la denominación de un importante personaje ficcional que ocupa un lugar importante en la trama. Es posible que en la caracterización de Sónnica haya algunas similitudes con el personaje femenino de Thais¹⁵; una patria común, humildes orígenes, miserable y sórdida infancia, carencia de afecto y forzada iniciación desde la tierna infancia a la prostitución; así como su transformación en atractivas y cultas cortesanas griegas —que hacen las delicias de sus invitados mimando y cantando— después de un completo aprendizaje en el que intervienen distintos maestros. E incluso, forzando las influencias, podemos encontrar en el desenlace de las vidas de estas codiciadas hetairas, que han alcanzado el estatuto de mujeres independientes, cierta semejanza, pues las dos llegan a los mayores

¹⁵ Anatole France, *Obras escogidas*, traducción y prólogo de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1979, pp. 179-432.

sacrificios al final de su vida. Sin embargo, se hace necesario explicar que la muerte de Thais responde al creciente espiritualismo de esta mujer, que se entrega al amor de Dios, mientras Sónnica permanece escéptica ante las creencias religiosas y movida por el amor humano participa del holocausto del pueblo saguntino.

En la individualización de Sónnica pone especial cuidado nuestro novelista, proporcionando al lector una lenta y progresiva información que la convierte en personaje emblemático la sociedad de Sagunto. Al comienzo de la novela es presentada como la respetable viuda de un acaudalado y rico comerciante saguntino que la traslada a su tierra en donde se convierte en el centro de atracción de la ciudad. Esta mujer generosa, en la plenitud de su belleza para borrar la huella de su sórdido pasado cambia el nombre de Mirrina¹⁶ por el de Sónnica pero no renuncia a las refinadas costumbres de Grecia, a su «toilette» y atuendo para recibir a sus invitados, y su corazón, curtido en desengaños amorosos está preparado para entregarlo al aventurero griego Acteón, cuyas nobles cualidades morales y belleza física lo hacen parecer un descendiente de los dioses olímpicos: Zeus, Apolo y del héroe homérico Ulises.

También el amor llega al corazón del romántico Syncerasto, el protagonista de la novela de Barriobero al descubrir a la virgen escita, Jovía, una bella promesa de cortesana. Nace entre ambos un sentimiento amoroso que se sitúa entre los más bellas manifestaciones de amor pasión. Esta joven esclava, cuya posesión se disputan varios patricios romanos, será elegida por Tiberio para saciar sus apetitos sexuales en el paraíso erótico de Capri. Nada podrá hacer ante el poder del emperador Syncerasto para retenerla y el desenlace de la novela culmina con la abrupta separación de los amantes. El lector se encuentra con un final doloroso pero menos patético que el elegido por Blasco, que hace coincidir la muerte de los saguntinos y la de la pastorcilla Ranto con el descubrimiento del amor de Acteón por la joven, mientras su amante Sónnica contempla su desgarradora confesión desolada.

Una galería de personajes tópicos se mueve por el espacio novelesco de estas ficciones que viven bajo la égida del imperio romano: Las lomas prostitutas, las cortesanas: eulatrídes y hetairas, los filósofos parásitos, los lenos avarientos, las viejas y expertas meretrices, los esclavos sometidos y los senadores romanos etc. Aunque en el Sagunto de *Sónnica* la población autóctona celtíbera tenga también una importante presencia: campesinos, pastores, artesanos y, sobre todo, marineros de todos los países que se dan cita en este rico puerto, descrito con profusión de detalles en el primer capítulo de la novela.

En las dos novelas existen muy pocos anacronismos, la indumentaria, las monedas, los espacios públicos y privados las fiestas, las costumbres sociales y hasta el lenguaje plagado de cultismos; todo ello permite hablar de una novela arqueológica, pero de una arqueología viva en la que los personajes históricos y ficticios enlazan sus peripecias y cruzan sus vidas

Es necesario señalar que aunque las dos mantienen su dependencia con el género de novela histórica difieren en su técnica narrativa. *Sónnica, la cortesana* discurre por los derroteros de la épica. El tema novelado justifica que se narre prolijamente determinados momentos del asedio, desde batallas sangrientas en campo

¹⁶ Este nombre pertenece a un personaje femenino de la comedia de Aristófanes. Se trata de una mujer enamorada que intenta reconquistar a su amado.

abierto a la lucha cuerpo a cuerpo entre los cartagineses y saguntinos y que se prefiera la narración y la descripción al diálogo. La novela está dividida en 10 capítulos —con un total de 260 páginas—, precedidos de un título, síntesis de la acción principal que guían al lector en su lectura. La narración se construye en un riguroso orden cronológico, adoptando un régimen de oposición: de los tiempos de paz en que vive la ciudad de Sagunto —en la que la amenaza del ejército cartaginés se siente lejana, confiando en la alianza que Roma había sellado con Cartago—, a la ruptura del pacto por el ambicioso caudillo de los Barca y su asedio implacable de la ciudad. Finaliza con la inmolación de los propios saguntinos que, antes que convertirse en esclavos del invicto Aníbal, preferirán la muerte. El pueblo y la aristocracia unidos en la desgracia, dejan en manos de los conquistadores una ciudad destruida, en la que son quemados todos los objetos de valor. Los cuatro primeros capítulos presentativos se centran en la descripción de la ciudad de Sagunto, una ciudad feraz, que destaca entre los pueblos iberos por su riqueza y emplazamiento estratégico y cuenta con una importante colonia de origen griego, de poderosos comerciantes. En esta parte se permite el autor las mayores libertades y tienen lugar la narración de dos procesos amorosos que revelan dos concepciones de la vida: el amor iniciático, de la pareja de adolescentes o el amor maduro de la cortesana griega Sónnica con el aventurero griego Acteón. En la segunda parte entramos en la «epos» que ocupa los capítulos V a X, en los que se narra el conflicto bélico, interrumpido en el capítulo VIII en el que se narra la visita de Acteón en nombre de los Saguntinos a Roma, solicitando la inmediata ayuda de los aliados para combatir el asedio insostenible.

Barriobero se presenta más rupturista con Blasco en su novela, al construir un relato que se ajusta a una reducción tempo-espacial y con una fuerte presencia de diálogos dramatizados, acercándose a las formas narrativas de la novela moderna. En esta dinámica y premiosa concentración, presenta unos hechos que recogen aspectos de la vida cotidiana del Emperador Tiberio, sucedidos el día de su coronación, en donde ocupa un papel importante la pintura de su entorno familiar, la evocación de la atmósfera de degradación moral de la familia Claudia y de la sociedad romana de ese momento histórico. No existen apoteosis bélicas, que son sucintamente evocadas cuando se fija el marco de los hechos o cuando se presentan las biografías de algunos de los principales personajes del imperio romano, que forman parte de la narración como Augusto, Tiberio, Cicerón y Ovidio.

El lector encuentra el primer guiño evocador del mundo clásico en el título de la ficción. Barriobero ha elegido para titular la novela el nombre propio de un romano, que corresponde al personaje protagonista Syncerasto. El apelativo inventado destaca una cualidad intrínseca al personaje, su sinceridad, que se pone de manifiesto a lo largo de la peripecia novelesca, cuando se revela capaz de refutar y contradecir al emperador. En cuanto a la aposición «el parásito», que actúa como sobrenombre, se trata de un apodo común en la Roma Imperial, que representa la vida social de un sector de marginados. Pero estos personajes que forman parte de la vasta galería de tipos que pululan en las Atelanas¹⁷ son algo más que vulgares ham-

¹⁷ Véase Prólogo a las *Comedias* de Terencio. Revisión y Traducción de Lisardo Rubio. Barcelona, Alma Mater, 1977, Prólogo a las *Comedias* de Plauto, Introducción de I. J. Ciruelo, Barcelona, Bosch, 1985.

brientos, dispuestos a la humillación para sobrevivir, porque están dotados de una formación epicúrea y poseen ingenio y cualidades para la invención, rasgos que Barriobero incorpora a su personaje. Pero por si acaso el lector no tiene suficiente con esta denominación onomástica, el autor la subtitula *novela de costumbre romanas*. Divide la materia narrativa en 12 capítulos innominados —presentados con numeración romana con un total de 142 páginas— que enlaza y desenlaza manteniendo la tensión del lector, el cual vive las zozobras de los personajes, afrontando confusas situaciones y actuaciones picarescas, que le hacen dudar de la sinceridad de sus afectos.

El tono de comedia satírica aparece siempre que el protagonista en colaboración con Apolonio, un experimentado y famoso actor, caído en desgracia por sus actuaciones «agresivas» y «gestos destemplados» ante «un emperador autoritario, venal y obsesionado por la moralización de las costumbres de la sociedad romana», estrechan sus lazos de amistad, compartiendo sus escasos medios y buscando formas de supervivencia.

Pero pasemos, brevemente, a una tercera cala en donde pretendo mostrar el estatus de algunos personajes históricos representados en el mundo novelesco. En el retrato de estos personajes, sancionados por la tradición, los novelistas profundizan en algunas figuras de las que ofrecen una construcción más elaborada. Con esta particular caracterización en la que se amplían los detalles físicos y se profundiza en la psicología, se produce una humanización de los personajes, que repercute en la recepción. De este modo se establece una corriente de empatía que ayuda a acercarlos al lector, colocándose en su lugar y viviendo sus peripecias con mayor intensidad. Sin embargo, sus biografías son más manipulables y, con frecuencia, sus autores se proyectan en ellos transmitiendo su ideología y gustos literarios.

Blasco Ibáñez maneja varios relatos de los escritores clásicos y se sirve, de manera especial, de Silio Itálico, autor más exótico e intimista para la construcción de los personajes de Asbyté, Tharon y Mopsos; mientras que Aníbal está más influido por la caracterización en bloque que Tito Livio ofrece en su narración. Otros personajes como el celtíbero Alorco, pertenece a la historiografía de los pueblos Iberos y posiblemente siga como modelo a Apiano¹⁸.

El personaje de Theron, su caracterización y actuación en el asedio, proceden de la obra de Silio Itálico. Se respetan los detalles de su físico y de vestimenta guerrera como el aspecto feroz que le proporciona la piel de león con la que se cubre la espalda «cuyo ocico abierto se abría al cielo por encima de su cabeza» con la que logra espantar a los caballos de Asbyté, pero se amplifican y desmesuran en una descripción hiperbólica «era tan gigantesco que su cráneo parecía pequeño en medio de los inmensos hombros, abultados por la almohadilla de sus músculos; su pecho mugía al respira como una fragua», p. 178. No obstante, mientras el poeta clásico lo hace aparecer después de producirse la muerte del arquero Mopsus, Blasco prefiere presentarlo, paseándose por la muralla con los atributos divinos, que emanaban de su condición de sacerdote de Hércules, para paliar la decepción de los saguntinos ante la desertión del caudillo aliado celtíbero, Alorco.

¹⁸ Apiano, *Ibérica*, 75, p. 753. Esta fuente relata las honras fúnebres de Viriato que para Ricardo Olmos es el modelo seguido por Blasco Ibáñez para describir los funerales del caudillo celtíbero Endovellico, padre de Alorco.

Blasco realiza con el personaje de Asbyté una interesante modificación de su personalidad. Del retrato que presenta Silio¹⁹ procede el perfil de la exótica y atractiva amazona, heredera del aliado de Cartago el Garamante Hiarbas; curtida como un soldado en la artes de la guerra y dirigiendo a un ejército de temibles mujeres numidas, elegidas y adiestradas por ella misma en las chozas de sus extensas posesiones, sumisas a su yugo. Recoge, igualmente, del poema detalles de su singular vestimenta, de su aspecto físico o de su genealogía. Pero transforma la visión de Silio que la describe como una virgen guerrera, (siempre sola en el lecho, sin conocer la dulzura de la lana y el huso y entregada al culto de la diosa Diana, cuyas habilidades imita en la caza) y plasma los sentimientos de una mujer enamorada que ha sido amante de Anibal en tierras de Cartago y que sufre impotente la progresiva transformación del caudillo cartaginés en una máquina imparable de guerra. Esta faceta humana de Abysté le permite a Blasco crear uno de los episodios sentimentales de mayor carga emotiva.

En cuanto al retrato físico y sociológico de Anibal está basado en el texto de Tito Livio²⁰ aunque Blasco intensifica algunos detalles como su resistencia física, su falta de sensibilidad «huraño y duro como un dios» y su absoluto desprecio por los dioses. Destaca, igualmente, su zafiedad: «sentía absoluto desprecio por la belleza artística, interesándole únicamente los metales preciosos». De su fiereza y capacidad de metamorfosis se van presentando indicios desde los primeros capítulo cuando aparece disfrazado como un celtíbero y asesina impunemente a los soldados romanos en las tabernas del puerto. Acteón²¹, su antagonista, será el que descubra a este falso pastor, pues de sus mañas y aspecto físico guarda un recuerdo imborrable de su etapa vivida en territorio cartaginés, compartiendo educadores y juegos, cuando su padre era un importante mercenario que luchaba en el bando de los Barcas.

Syncerasto el parásito presenta una nómina más limitada de personaje históricos. A Barriobero le interesa, de manera especial, la figura de Tiberio²². Construye

¹⁹ Silio Itálico, ed. cit., p. 40, vv. 57-85.

²⁰ El héroe cartaginés obsesionado por la difícil conquista de la ciudad no puede conciliar el sueño, y enervado por el canto de un ruiseñor, al que se dispone a dar caza sale de la tienda encotrandóse con la amazona que vela su sueño, queriendo protegerle de las insidias de un posible traidor. El narrador cede la palabra a los personajes y la escena adopta el tono de una patética confesión.

²¹ Será también el emisario enviado por el senado a la ciudad de Roma —cuando la situación en Sagunto se hace insostenible—, para impulsar la gestión de los embajadores que no lograban convencer a los padres de la República de la necesidad de intervenir en la guerra. Es en este contexto histórico —en el que Blasco se apoya en las referencias clásicas mencionadas anteriormente—, cuando Acteón va a encontrar algunos de los personajes romanos más significados, elegidos por el autor por los ideales que representan; como es el caso de Catón, defensor de la lucha sin dilaciones contra Cartago. Un hombre tenido por sabio entre sus coetáneos que aparece aleccionando al joven Escipión su discípulo, «destinado a cortar el paso de Anibal»; o las del belicoso Léntulo y el prudente Fabio, patricios de Roma, que convencen al senado con sus argumentos de la no intervención. En cuanto a la presencia del popular comediógrafo Plauto, presentado en uno de los malhadados momentos de su vida en que se ve obligado a trabajar en una tahona para sobrevivir, sirve de ejemplo a nuestro autor para mostrar las contradicciones del Imperio romano, incapaz de respetar la libertad de los escritores. Esta crítica a la rudeza, intransigencia y pragmatismo de Roma es conocida a través de la mirada perpleja del sensible griego Acteón.

²² La misma biografía de Tiberio —una vez convertido en hijo adoptivo del César—, el cual le obliga a desposarse con su propia hija Julia, proporciona a Barriobero la materia narrativa para que, sin dejar de ser fiel a la historia, muestre cierta indulgencia con estos personajes por considerarlos unos títeres de la ambición de Augusto.

su personaje seleccionando y amplificando los detalles del historiador Suetonio e inventando nuevas situaciones. Son numerosos los detalles presentados por el escritor que se ajustan al relato histórico como su carácter «hipócrita y pérfido»; su apariencia de hombre austero dispuesto a moralizar las costumbres romanas, estableciendo leyes como la prohibición del beso de salutación entre los patricios romanos, preocupado por preservar su honor ante la opinión pública ante la que debía aparecer como un modelo de costumbres intachables. Pero, sin embargo, aparecerá en su vejez dando muestras de conducta sexual²³ desviada, oculto en la isla de Capri, espacio refugio que frecuentaba para alejarse de las tensiones del poder y donde se entregaba a los placeres de la carne, rodeado de efebos, vírgenes y niños de pecho.

Thrasilo es el personaje histórico que sufre más modificaciones en la ficción²⁴. Se trata de un astrólogo de Alejandría que se gana la confianza de Tiberio en Rodas, en donde se encontraba voluntariamente desterrado cuando le profetiza su ascenso al trono. Se convierte, entonces, en su consejero. En la novela, el que fuera maestro de astrología predictiva del emperador, es tratado con recelo y hasta con desprecio por Tiberio que le llama «cortésano adúlador y miserable», molesto con sus halagos y sus augurios favorables. No obstante, este desprecio tiene también un referente objetivo documentado por Suetonio pues evoca el trato poco afable que dispensó al final de su mandato a los intelectuales, especialmente a los astrólogos, a los que envía al exilio.

En cuanto al matemático Stribonio, un manumitido de Libon que la historiografía presenta como profeta de la futura grandeza y poder de Tiberio, aparece como un científico riguroso, que basa sus predicciones en la lógica y cuestiona a los augures, defendiendo el misterio «como uno de los encantos de la vida». Su psicología proyecta el pensamiento de un hombre moderno, transmisor de las ideas jurídicas de Barriobero que defiende la libertad, cuestiona la justicia oficial y da consejos sobre la actuación que debe seguir el gobernante: «hay dos justicias: la de la ley, que es la vuestra, y la del derecho, que es la del pueblo. Hermanar estas dos justicias es la misión de la buena política» (p. 113).

Los ideales helénicos presiden la obra de estas dos novelas históricas arqueológicas en que ambos escritores han construido un atractivo mundo de ficción, rico en referencias etnográficas. *Sónnica, la cortesana* y *Syncerasto el parásito* constituyen un importante eslabón en la cadena de novelas modernistas de tema clásico, impregnadas del ideario regeneracionista. El lector de nuestros días, interesado por el mundo clásico, encontrará en este viaje cultural hacia el pasado el estímulo para releer a los clásicos.

²³ Marañón pone en entredicho estas prácticas sexuales aberrantes del viejo emperador narradas por Suetonio y las atribuye a la leyenda popular. El erudito psiquiatra esgrime como argumentos que la huida de Tiberio a Capri se produce en unas condiciones psicológicas de angustia y resentimiento, en las que el cuerpo no está para orgías. Véase *Tiberio. Historia de un resentido*, Madrid, Espasa Calpe, 1972, 1.ª ed., 1939.

²⁴ Adapta el nombre de estos personajes históricos, Trasyllus y Scribonius al castellano. Fuente consultada Pauly, Af. von and Wissowa, G. Pauly's *Real-Encyclopadie der classischen Altertumswissenschaft*. Neu Bearbeitung... Stuttgart, Metzler, 1894-1967.

Referencias Bibliográficas

- ALBADALEJO, Tomás, *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus, 1992.
- ALONSO, Amado, *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en «La gloria de Don Ramiro»*, Madrid, Gredos, 1984.
- CIPLIJAUSKAITE, Biruté, *Los Noventayochistas y la Historia*, Madrid, José Porrúa Turanzas, D. L., 1981.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *La antigüedad novelada: las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- MAINER, José-Carlos, *La Edad de Plata (1902-1939): Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, 4.ª ed., Madrid, Cátedra, 1987.
- OLMOS, Ricardo, «Blasco Ibáñez y la novela de tema arqueológico en España», en *VI Actas: La visión del mundo clásico en el arte español*, Madrid, CSIC, 1992.